



Vuelven los grandes herbívoros salvajes que alimentaron al hombre de Atapuerca

The return of large wild herbivores that fed man of Atapuerca

■ Benigno Varillas*

Resumen

Los grandes herbívoros salvajes que cazaba el hombre de Atapuerca, en la provincia de Burgos, vuelven a su antiguo territorio. Alimentaron durante miles de años a los europeos del Paleolítico. Sus fósiles se encuentran a miles en la Sima de los Huesos y quedaron pintados en las cuevas de Altamira, Candamo, Ekain, Chauvet y otras cavernas de España y Francia. Las manadas de estos animales corren de nuevo por la estepa castellana y pueden ser contempladas gracias a la iniciativa «Paleolítico Vivo».

Palabras clave

«Paleolítico Vivo». Atapuerca. Teletrabajo. Paleolítico. «Biolítico».

Abstract

The large wild herbivores hunted by man of Atapuerca (Burgos) return to their former territory. They were the food of the Paleolithic Europeans for thousands of years. There are a lot of fossils at the Sima de los Huesos and drawings in the caves of Altamira, Candamo Ekain, Chauvet and other caves of Spain and France. Herds of these animals run again for the Castilian steppe and can be viewed through the initiative «Paleolítico Vivo».

* El autor es periodista, presidente y director de Paleolítico Vivo y promotor de aldeas de teletrabajadores productores de fauna salvaje en espacios naturales. Dirección de contacto: benigno.varillas@biodivers.com, WEB/Blog: www.altotero.com. Hay una versión electrónica de este texto en: www.fundacionpfizer.org y www.dendramedica.es.

Key words

«Paleolítico Vivo». Atapuerca. Telecommuting. Paleolithic. «Biolithic».

■ Uros, tarpanes, bisontes, ciervos, cabras monteses, encebros, lobos, y esperemos que algún día osos, lince y quebrantahuesos, entre otras especies, vuelven a cobrar vida en las tierras que rodean el yacimiento de Atapuerca. Desde las cavernas que habitaba el hombre prehistórico se divisa su gran cazadero. Es el corredor natural que desde el valle del río Arlanzón a su paso por Ibeas de Juarros sube por Salgüero de Juarros, atraviesa Urrez y penetra en la Sierra de La Demanda por el monte de Matanzas. Una sucesión de robles y pastos, que se prolonga en 30 kilómetros de ladera que vierte al Arlanzón, donde se ha iniciado el proyecto de recuperar grandes herbívoros salvajes y, sobre todo, al hombre. Las aldeas serranas de La Demanda casi no tienen habitantes permanentes. Los pocos que quedan son en su mayoría pensionistas. Dedicados a la ganadería hay a lo sumo dos por pueblo. Pastores como los de antes, que duermen junto al ganado con perros guardianes y hagan transterminancia o trashumancia para aprovechar pastos de verano y de invierno, apenas ninguno.

Paleolítico Vivo es una iniciativa que está cercando varios miles de hectáreas de monte de utilidad pública, comunal, municipal o privado, que han quedado sin explotación ganadera para criar en ellos grandes herbívoros salvajes o asilvestrados de la fauna europea primigenia. Se trata de recuperar a los descendientes de los que se encuentran fósiles en excavaciones paleontológicas y pintados en el arte rupestre.

Es más que evidente el interés de este proyecto al lado del Yacimiento de Atapuerca y del Museo de la Evolución Humana de Burgos, que llegaron a ser visitados anualmente por 100.000 personas, cifra que hoy ha bajado a la mitad. Las infraestructuras construidas para acoger a tanto turista están infrautilizadas. Con los grandes herbívoros salvajes se estimulará el interés del público por el mundo antiguo e incluso se espera aumentar las pernoctaciones por visitante, que en la actualidad son en Burgos de una sola noche. También se trabaja en promover la Gastronomía Paleolítica ayudando a los restaurantes a incorporar en su carta «el menú del hombre de Atapuerca», con carne de grandes herbívoros de la fauna europea primigenia y de ganado que se críe en territorios con especies emblemáticas de la fauna ibérica depredadoras de rebaños, amén de frutos, bayas, miel, setas, verduras, tubérculos, hierbas y pescado, ya que la dieta paleolítica era variada y al hombre primitivo sólo le eran extraños la lactosa y el gluten.

La cuna de la humanidad, cuyos estratos narran la historia del género homo desde que empezamos, hace dos millones de años, a disponer de cerebro capaz de tallar útiles, es un filón turístico y mediático que se hace más atractivo si, además de mostrar a los visitantes los fósiles que se excavan y se exponen en Atapuerca, se ofrece contemplar vivos los animales que descienden de ellos.

Este proyecto no surge de querer resucitar el Paleolítico. Nadie pretende volver a las cavernas. Todo lo contrario, trata de construir el futuro. *Paleolítico Vivo* es algo más que un parque temático.

1. Cómo criar grandes herbívoros salvajes

La idea de criar grandes herbívoros salvajes se concibió al constatar que se están quedando sin pastorear grandes áreas de España, y en concreto en los puertos de Caleao, en el concejo de Caso, Asturias, que fue para donde se diseñó inicialmente este plan, allí asociado a la Cueva de Candamo y demás yacimientos paleolíticos del río Nalón. Los asturianos no han captado aún el interés de la iniciativa y siguen pensándose. Sin embargo, los municipios del entorno de Atapuerca, emprendedores con reflejos, sí se interesaron rápido por la propuesta de acoger fauna europea primigenia para dinamizar su mundo rural en declive y acordaron, tras diversas reuniones de las Juntas Vecinales, ceder varios miles de hectáreas para ejecutar el proyecto.

Fundaciones de Francia, Holanda y Alemania, que llevan décadas trabajando en recuperar grandes herbívoros salvajes de Eurasia, han ofrecido su apoyo para enviar animales a nuevos territorios en España y ayudar a alcanzar los objetivos planteados de desarrollo turístico y de comercialización de carne. Es importante subrayar que el apoyo internacional se debe a la perspectiva de que se destine mucha superficie a esta iniciativa.

La propuesta está abierta a todo municipio que disponga de grandes territorios semiabandonados en cualquier zona de España.

En 2012 se constituyó la asociación *Paleolítico Vivo* para gestionar el proyecto. De momento sus miembros son Juan Luis Arsuaga, paleontólogo de Atapuerca; el veterinario Fernando Morán, que coopera con el grupo de trabajo de la UICN en la expansión del Bisonte europeo; el presidente de la Junta Vecinal de Juarros, José Hernando; el empresario de turismo paleontológico y alcalde pedáneo de Olmos de Atapuerca, Eduardo Cerdá y el promotor de la idea y del proyecto, que esto escribe, Benigno Varillas, presidente de la organización. En 2013, se incorporó a la asociación el concejal de Villasur de Herreros, Esteban García, impulsor de que la Junta Vecinal del pueblo de Urrez, colindante con Juarros, aportara varios miles de hectáreas más al proyecto.

2. Pastores sin relevo generacional

La cabaña ganadera en España es la de siempre: seis millones de vacas, 16 millones de ovejas, 3,5 millones de cabras y un número indeterminado de caballos. Pero los que han reducido drásticamente su número son los pastores. Donde antes había cien con diez vacas cada uno, ahora hay diez ganaderos con cien vacas cada uno. Las ovejas y las cabras casi han desaparecido de la cornisa cantábrica al ser «muy esclava» la labor de apacentarlas para el ganadero absentista de hoy. Las 4.000 hectáreas de monte comunal en las que sigue habiendo las mil vacas de siempre, han sufrido un cambio drástico en su manejo, ya que antes había un pastor cada 40 Ha y ahora, el que queda, tiene 400 Ha de media a su cargo, cuando no muchas más.

Hoy se pastorea lo bueno accesible al *quad* o al vehículo todoterreno. Con las ayudas agrarias de la PAC (Política Agraria Comunitaria) los ganaderos se permiten comprar pacas de paja y dejar sin pastorear lo incómodo. La consecuencia es que en los últimos 40 años el matorral ha invadido un 10% del territorio de España que antes eran pastizales. Y al decir antaño, no nos referimos a antes de la concentración urbana que se operó en el último medio siglo, sino a hace 8.000 años. Porque, cuando los humanos aprendieron a domesticar y llenaron el mundo de ganado, había ya herbívoros salvajes que, junto con el fuego del rayo, mantenían pastizales abiertos allí donde el clima, la altitud y el suelo lo pide.

Es en esos cinco millones de hectáreas de antiguos pastos abandonados, en los se está recuperando la función ecológica de los grandes herbívoros, antaño salvajes, luego domesticados y ahora reasilvestrados. Las razones para hacerlo son muchas. La más evidente es que la vegetación, a la que la evolución de la vida «diseñó» para crecer bajo la presión de los animales herbívoros, al desaparecer parte de estos, no se desboque.

Cuando se quita el ganado de un territorio, aumentan los corzos, los ciervos, los rebecos, las cabras monteses, los gamos, los muflones o los jabalíes, según zonas, pero está demostrado que esos pequeños herbívoros salvajes no logran mantener a raya el crecimiento del matorral. Hace falta el peso de los grandes herbívoros para que el desbroce por pisoteo ayude a la «siega a diente» a mantener abiertos los pastizales. De lo contrario el monte los invade y es el fuego el que acaba consumiendo esa maraña vegetal que con el viento cálido del verano se transforma en masa combustible. Pero,

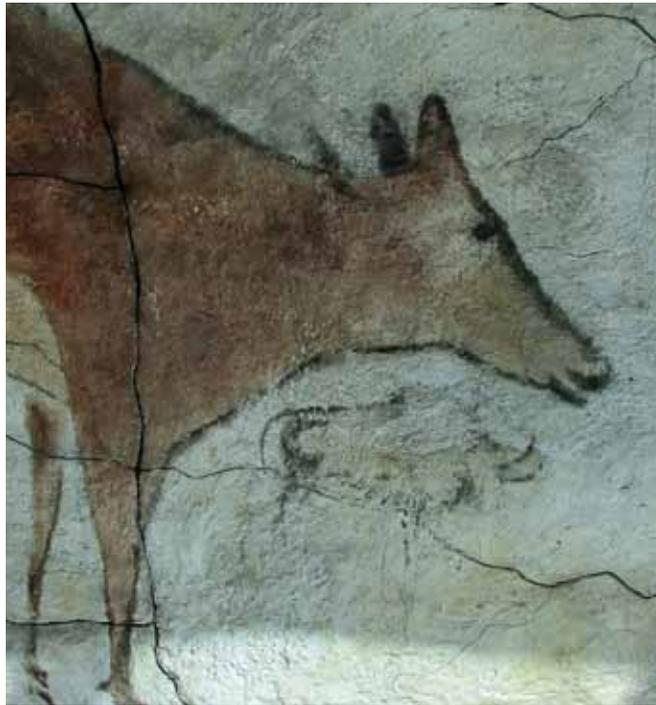


FIGURA 1.—Reproducción de la «Gran cierva» expuesta en el Museo Anthropos (Brno, República Checa), la mayor de todas las figuras de Altamira. Bajo su cabeza se ve pequeño bisonte en negro en escorzo (HTO, Wikimedia Commons).

así como cabras y ovejas tienen su equivalente en los pequeños herbívoros salvajes, las vacas, los caballos y los asnos, carecen del equivalente silvestre que les pueda sustituir y desempeñe su función en los ecosistemas.

El ancestro salvaje de la vaca, los uros; del caballo, los tarpanes, y del asno, los encebros, se extinguieron en Europa hace un par de siglos por la acción del hombre, que los cazó hasta el exterminio.

3. Los grandes herbívoros salvajes europeos

De los grandes herbívoros salvajes europeos pintados en las cavernas de España, sólo quedó en Polonia una pequeña población de medio centenar de bisontes, a partir de los cuales se recuperó la población actual, que ronda 4.000 ejemplares. En Mongolia ha sobrevivido una población de caballo salvaje, el Przewalski, parecido al que había en España, del que quedan 1.500 ejemplares en libertad.

Hace cien años se inició en Centroeuropa el experimento de recrear el uro y el tarpán a partir de razas domesticadas semejantes. La ciencia genética certifica ahora que el toro y el caballo salvaje no se extinguieron hace un par de siglos, ya que el mapa genético de esas dos especies muestra que sus genes sobreviven en razas autóctonas rústicas de España y Portugal, con la mayor proporción de genes de sus ancestros.

Con el proyecto *Paleolítico Vivo* los herbívoros salvajes se podrán mover desde las orillas del Arlanzón, en la que los paleontólogos lavan los fósiles excavados en Atapuerca, en Ibeas de Juarros, hasta los 1.500 m. de altitud del monte Matanzas, en la sierra de La Demanda, donde reina el hayedo que no destruyó la repoblación con pinos, y desde allí bajar al embalse por Urrez, en el término de Villasur de Herreros. Un corredor de 30 kilómetros de longitud y 6.000 hectáreas de superficie.

Estos son los mimbres con los que estamos recreando una «inmersión en la Prehistoria», como la definió Arsuaga. Ahora, tras recorrer el Museo de la Evolución Humana de Burgos, ver el yacimiento de Atapuerca, o haberse acercado a las cuevas de arte rupestre del Cantábrico, se puede pasear por el antiguo cazadero del hombre primitivo entre el río Arlanzón y la sierra de La Demanda observando herbívoros prehistóricos salvajes, e incluso degustándolos con la «Gastronomía Paleolítica» en restaurantes de la zona.

La iniciativa se extiende aún más lejos, por los 70 Km. de la actual «Vía Verde» hasta la dehesa de robles, hayas y acebos de Huertas de Arriba y conecta con los montes de La Demanda riojana, en la comarca de Siete Villas, donde el Ayuntamiento de Canales ha puesto 6.000 hectáreas a disposición de un proyecto de *rewilding* similar al de Burgos, promovido por True Nature Foundation, con sede en Holanda, y la comunidad autónoma de La Rioja.

En la Sierra de La Demanda confluyen las provincias de Burgos, Soria y La Rioja. La ganadería desaparece de sus montañas a medida que se despueblan las aldeas



FIGURA 2.—Caballo de Przewalski o caballo salvaje mongol (cortesía del autor).

hasta ser una de las áreas más deshabitadas de Europa y donde la media de edad de sus habitantes permanentes ronda, cuando no supera, los 65 años. En sus frondosos hayedos se mató el último oso hacia 1940. El lobo aún vive en la sierra y en 2013 se dio en la parte burgalesa un cupo para matar seis ejemplares de una población cuyo censo exacto no se conoce.

La presencia de grandes depredadores en la zona —a los que se podría unir el quebrantahuesos, que en los años cincuenta del siglo XX nidificaba en la zona, como comprobó Valverde al visitar en 1954 la colección de animales de Fray Saturio en el monasterio de Silos y del que hay una cita en Urrez— así como otra especie, completan la pirámide trófica que la evolución necesita para cumplir su cometido.

El reasilvestramiento con grandes herbívoros se realiza en cercados con pastor eléctrico, del que ellos no salen pero sí entran animales pequeños, y es suficientemente grande como para que las manadas se estructuren y puedan defenderse de los lobos. En los cercados hay especies que mantuvieron núcleos salvajes, como el bisonte, el caballo de Przewalski y el onagro o asno salvaje, y aquellas otras como el uro y el tarpán, que se des-domesticaron a partir de razas de ganado autóctono que llevan los genes de sus ancestros.

Pero el proyecto va más allá y recupera vida humana, no sólo de visitantes de un día, o de fin de semana, que no devuelven la vida a los pueblos. Ya que, hasta los propietarios de las casas de turismo rural y los funcionarios de medio ambiente, que entre semana son el único tráfico de las solitarias carreteras comarcales, viven en la ciudad y acuden al campo sólo a hacer su tarea. En esta iniciativa de desarrollo rural y al calor de este proyecto, participan, en Juarros y Urrez, los primeros pobladores de lo que hemos dados en llamar «hombres del Biolítico».

4. El «Biolítico»

Oí la palabra Biolítico, neologismo sólo aceptable apelando a la benevolencia del lector, por primera vez a Félix Rodríguez de la Fuente. Y es que ese término podría denominar la etapa que suceda al Neolítico. Aquella en la que se ponga en marcha el desarrollo sostenible que reclaman los científicos desde el programa El Hombre y la Biosfera de la UNESCO, de 1968; la Conferencia de Naciones Unidas de Estocolmo, de 1972; la Estrategia Mundial para la Conservación de UICN, WWF y PNUMA de 1980; la Conferencia de Naciones Unidas de Río de Janeiro de 1992, o los más recientes informes científicos del Panel del Cambio Climático.

Una persona «biolítica» es la que vive en el campo integrada en la Naturaleza, respetuosa con el entorno, que minimiza la huella ecológica, cuyo crecimiento se mide por su actividad cultural, creativa y felicitaria equilibrio emocional, no por la acumulación de bienes materiales. «Reasilvestrar» al *H. sapiens* es trabajar en crear la nueva arquitectura mental del futuro, que genere mujeres y hombres libres, no dependientes, emprendedores, autónomos en vanguardia de la Sociedad de la Información y las nuevas tecnologías.

Los neolíticos que aprendieron a acumular energía en forma de carne y semillas se dotaron de convicciones como la de ser pueblos elegidos para crecer, multiplicarse y dominar la Tierra. Esa filosofía impregna el modelo de sociedad actual, de ahí el extender el término Neolítico a los últimos 10.000 años. Pero desde el presidente Obama hasta la conferencia de Kyoto, son ya numerosas las voces de líderes y científicos que llaman a superar esa desafortunada etapa, aprendiendo a decrecer unos, y a crecer otros hacia la sostenibilidad.

La especie humana no se divide en blancos y negros, ricos o pobres, de izquierda o de derecha, progresistas o conservadores. Si hay una raya que divide a la Humanidad en dos mundos que nada tienen que ver uno con otro, es la del Paleolítico con el Neolítico; es decir, el de los «hombres verdaderos», como se autodenominaron los pueblos cazadores-recolectores salvajes, y el de los hombres de mentalidad neolítica que domesticaron los animales, plantas... y a sus congéneres.

El Neolítico y las sucesivas civilizaciones que éste originó hasta la revolución industrial de nuestros días empezó cuando, tras surgir la especie *H. sapiens* hace 200.000 años y vivir todo ese inmenso período de tiempo como pueblos cazadores-recolectores,



FIGURA 3.—Bisonte europeo (cortesía del autor).



FIGURA 4.—El autor con un grupo de bosquínianos de la tribu Hadza (Tanzania) (cortesía de autor).

hace 9.000 años se domesticó en Oriente Medio primero la cabra, luego la oveja, más tarde la vaca, el camello, el asno y el caballo, para acabar finalmente dominando a los cereales, principalmente el trigo, y lo que fue más cruel, a otros humanos, a los que se esclavizó como mano de obra. Y en Asia con el arroz y en América con el maíz sucedieron procesos similares.

El Hombre buscaba seguridad alimentaria y la inteligencia se lo permitió. Acumular energía sirvió para desarrollar la tecnología. No es casual que el año en que la Humanidad tuvo —gracias al petróleo y el carbón— la mayor disponibilidad de energía por habitante en los 200.000 años que llevamos como especie, fuera 1969 el año de la proeza tecnológica de pisar la Luna. Pero, además de demostrar de lo que es capaz la inteligencia, la misma que nos permitió sobrevivir 200.000 años —mayor logro que llegar a la Luna y extinguirnos a continuación como civilización por no ser sostenibles—, el afán por acumular trajo consigo la posesión privada, el despilfarro, el saqueo, la dominación, la esclavitud y demás males que nos han llevado a la crisis económica, social y ambiental actual. Tal vez, la realidad que destapó la quiebra de Lehman-Brothers en 2007 empezó a fraguarse cuando descubrimos cómo invertir en vacas hace 9.000 años.

5. La necesidad de superar el Neolítico

Félix Rodríguez de la Fuente nos dejó grabados con su inconfundible voz varios programas de Radio Nacional de España en la serie *La Aventura de la Vida*. De los primeros capítulos de «Salvar la Naturaleza» y del de «El poderoso cazador cuaternario», entre otros que cuelgan de la WEB de RTVE a la Carta, extraemos unos párrafos que resumen su pensamiento visionario, propio de un adelantado a su tiempo:

«El hombre de la época gloriosa del Paleolítico tenía un profundo respeto hacia la Naturaleza. Estaba integrado en su seno. Tenía una ética, una moral y me atrevería a decir que hasta una religión ecológica. Mientras que el hombre neolítico, que dejó de ser cazador nómada, que dejó de ser un hombre que vivía de la recolección de los frutos espontáneos de la tierra, para transformarse en pastor y en agricultor, este hombre neolítico pierde el respeto a la tierra, se desengancha del tren ecológico, se permite el lujo de transformarse en la primera especie realmente infractora de las leyes ecológicas del planeta que las soporta.

»Nuestras religiones son neolíticas, nuestras filosofías son neolíticas, nuestras políticas son neolíticas. Pienso que la gran ruptura del hombre con el pacto sagrado que tenía con la Naturaleza, que se produjo hace 8.000 años, aún no se ha corregido, pero intuyo que estamos empezando a romper las amarras del Neolítico. Hay movimientos filosóficos, políticos, de actuación del hombre frente a la Naturaleza, que están empezando a llamar la atención diciendo: No todo puede ser abusar de la Naturaleza, no todo puede ser aprovecharse de ella sin darla nada a cambio porque delante de nosotros, si seguimos con esta conducta neolítica, está el abismo.

»El bosquimano, el pigmeo, tienen un sentimiento profundo de amor a la Naturaleza, respeta a los seres vivos, no matan más de lo que necesitan. Tienen un conocimiento profundo de la belleza. Son conscientes de que todos formamos parte de una misma comunidad. ¿Cómo llegó el hombre primitivo a la concepción de este punto de vista, que podríamos considerar ecológico, conservacionista? ¿Quién se lo enseñó?

»El hombre primitivo, reflexivo, capaz de transmitir los conocimientos que ha adquirido por la ley de la experiencia, por el aprendizaje asociativo, se daría cuenta de que si cazaba demasiado en un lugar determinado, de que si daba rienda suelta a sus apetencias matadoras como hacen esos cazadores ahora, que matan 300 perdices, Dios les perdone, en un ojeo, simplemente por darse el gustazo de apretar el gatillo, que ese camino no era bueno. Y ¿cómo se dio cuenta? Pues por selección natural. Es muy posible que el mamut, elefante gigantesco de ocho toneladas de peso, fuera exterminado por el hombre, pero es muy posible que ese cazador exterminador desapareciera con la última de sus gigantes presas. Y así fueron apareciendo las líneas humanas que llegaron a la más acrisolada de las filosofías en lo que se refiere a la conservación de la Naturaleza.

»¿Cómo explicar que nos hayamos transformado en esta horda de sucios destructores de la Naturaleza? El hombre neolítico, a partir de ese momento —que posiblemente

fue una circunstancia fortuita— que domestica animales y por consiguiente crea toda la cabaña ganadera, domestica el trigo, la cebada, el maíz, las leguminosas de las que ahora nos alimentamos, cambia enteramente su concepción de dependencia de la Naturaleza. De ser una criatura integrada en el ecosistema, con respeto al medio, se transforma en una criatura desintegrada, que lo modifica y lo transforma para obtener la energía que precisa para sobrevivir, que sustituye la antigua filosofía de sometimiento a la Naturaleza, de atónita adoración a la Naturaleza como un todo, por una filosofía de dominio y destrucción de la misma.

»El cazador cuaternario, llegó al grado de perfección en el cuidado de la Naturaleza, y creó tabúes para no destruirla. En todas las tierras donde hoy viven los pueblos primitivos, los pueblos cazadores superiores, que son los bosquimanos, que son los pigmeos, que son los esquimales del Ártico, como ramas desgajadas ya de un fenómeno que fue universal, se conserva la misma filosofía y el mismo espíritu de amor a la Naturaleza, de creer que se forma parte de un todo.

»La ciencia pone ya en manos y a disposición del hombre los mecanismos que le permiten salvar la Naturaleza y también conducir su propia conducta en una línea de encontrar con más facilidad lo que podríamos llamar la felicidad. Una conducta equilibrada, un comportamiento con una base rigurosamente científica.

»Cuando me preguntan en que época me hubiera gustado vivir, ¿en la Edad Media de hombres cubiertos de hierro que se enfrentaban en las cruzadas a la morisma? ¿En el Renacimiento refinado? ¿En la poderosa Roma?, yo digo siempre no, no, no, a mi siempre me hubiera gustado vivir en el Paleolítico, en el seno de una tribu de poderosos cazadores cuaternarios.

»Es tan trascendental, tan profundo este tema, que sé que habrá numerosos críticos que estén anatematizando en este momento a este amante de la vida, biólogo, que se siente orgulloso de estar integrado en el mundo antiguo».

No le faltaba razón a Rodríguez de la Fuente cuando desgranaba estas palabras en 1977. Tres décadas y media más tarde, aún hay quien critica y boicotea propuestas como la del proyecto *Paleolítico Vivo*, entre ellos pseudo-rurales apuntados a las primas ganaderas que arremeten contra todo, sin atender ni a lo que podría beneficiarles; los que piensan que toda innovación les va a quitar alguna prebenda de las que hasta ahora disfrutaban en el mundo rural; incluso algún autodenominado ecologista se opone a la cría de bisonte europeo en España alegando que es «especie extinta» o «exótica», y hasta algunas entidades afines muestran indiferencia hacia el esfuerzo por construir la era «Biolítica» que nos devuelva a los humanos el Gran Pacto del Hombre y la Tierra al que apuntan el arte rupestre y el respeto hacia la Naturaleza de los pueblos cazadores recolectores que han sobrevivido.

Se estima que la Tierra al final del Paleolítico, hace 10.000 años, podía estar habitada por unos 10 millones de humanos. Hoy, somos 7.000 millones. Pero hemos crecido mucho más en consumo de unidades de energía por habitante. La población actual equivale, energéticamente hablando, a decenas de miles de millones de hombres paleolíticos.



FIGURA 5.—Félix Rodríguez de la Fuente presentando en sociedad (1965) a los cachorros de lobo Remo y Sibila (cortesía de la Fundación Félix Rodríguez de la Fuente).

La tecnología permite ese crecimiento, pero hay indicios elocuentes que indican que debemos parar cuanto antes la locura demográfica y reducir el nivel de carga del planeta Tierra para que permita calidad de vida a sus habitantes.

Superar las crisis y los conflictos inherentes al crecimiento demográfico y de consumo —para qué hablar del despilfarro de energía y de recursos— implica no sólo detenerlo, sino hacerlo sustentable. Eso requiere conectar de nuevo, aunque sea por mero instinto de conservación, con la mentalidad ecológica de sostenibilidad que ya tuvo la especie humana en el Paleolítico.

Para sobrevivir decenas de miles de años como especie, el hombre primitivo controlaba su natalidad y respetaba el entorno natural en el que vivía. El Neolítico cambió esa filosofía. Ahora urge recuperarla para construir un futuro «Biolítico», una Sociedad de la Información en la que las nuevas tecnologías y la banda ancha 4G permitan volver a ser nómada rural y vanguardia social, viviendo en armonía con el entorno con la menor huella ecológica posible.

Estar integrado mentalmente en el mundo antiguo no es «regresar a la Edad de Piedra» sino recuperar la sostenibilidad. Gestionar el medio natural para que los grandes herbívoros y el hombre magdaleniense, que sobrevivieron a los últimos 10.000 años de paréntesis neolítico en los genes de sus equivalentes domesticados, recuperen el concepto de lo libre, aplicado a la Sociedad de la Información y a un mundo en red. Ese es el Punto Omega evolutivo al que señala el proyecto Paleolítico Vivo, tanto en su primer piloto en el entorno de Atapuerca, en la sierra de La Demanda de Burgos y la Rioja, como en cualquier otro lugar que se decida.

6. Des-domesticar ganado... y humanos

Evidentemente, Paleolítico Vivo no es un plan para que todos volvamos al campo. Tal vez no muchos numéricamente, pero sí suficientes para revalorizar zonas en declive y, sobre todo, generar una línea del pensamiento de vanguardia; el pensamiento que requiere la Sociedad de la Información para impulsar actividad relacionada con el teletrabajo y las nuevas tecnologías, claves de la viabilidad económica y psicológica de este plan e importante yacimiento de empleo para nuestros jóvenes.

Un gran herbívoro salvaje requiere diez hectáreas de territorio. Para «reasilvestrar» un *H. sapiens* estimamos que se necesitan 500. Con 50 uros, tarpanes y bisontes, equivalentes a las 200 vacas y caballos domésticos que hasta ahora ocupaban esas 500 hectáreas de monte, más la actividad del teletrabajo, debemos comprobar si puede vivir una familia que se traslade a una de esas aldeas a recuperar tejido humano productivo.

En los cinco millones de hectáreas que en España han sido abandonados al matorral, caben medio millón de grandes herbívoros y 10.000 personas que los gestionen. Si, a la vista del éxito que el techo de mercado permita, se ampliara este modelo a, por ejemplo, toda la RedNatura 2000, estaríamos hablando de 30.000 familias trabajando en este Plan.

No cabe pensar en una vuelta masiva al campo. Ni la mayoría quiere, ni cabríamos en él los 45 millones de españoles que ya somos. La superpoblación del Planeta obliga a las concentraciones urbanas. El reto es mejorar la calidad de la producción industrial de alimentos —que es lo que actualmente llena las estanterías de los supermercados— aspirando a que tengan la calidad de la agricultura y la ganadería ecológicas. Hay que buscar formas de producir alimentos que sean buenos, a la vez que baratos.

El declive del pastoreo se debe a la competencia de la carne criada estabulada de forma industrial, y no digamos nada de la que generen animales y plantas modificados genéticamente para producir más y mejor. Una idea que repele a los ecologistas y que, sin embargo, es la esperanza de la vida salvaje para recuperar los grandes espacios menos productivos que se liberen.

Los herbívoros darían, una vez cubierta su función conservacionista, turística, cinegética y mediática, para el mercado local y, sobre todo, para abastecer restaurantes que comercialicen la saludable, exquisita y magra carne que produzcan esos rebaños, de modo que el marketing de la Gastronomía Paleolítica sea, además de recurso, transmisor del mensaje saboreable que difunda y potencie este modelo integrador de las políticas de Biodiversidad, Desarrollo Rural y Sociedad de la Información.

En el período 2014-20, España dispone de 47.000 millones de euros de subvenciones a repartir en siete años entre 30.000 agricultores y ganaderos, así como otros beneficiarios del mundo rural. De ellos, 35.705 millones son para ayudas directas, casi 8.300 para desarrollo rural y más de 3.000 millones para ayudas de mercado. Estas ayudas a la ganadería extensiva dan idea de lo que cuesta el sector ganadero que ocupa espacio poco productivo, y del interés de enfocar su gestión a formas sostenibles, optimizando el gasto.

La misión que tenemos por delante es crear las primeras comunidades de «biolíticos» que sean vanguardia de la sociedad de la información y del conocimiento, así como de la creatividad y la cultura, vivan en la Naturaleza y «produzcan» alimentos gestionando la vida salvaje. La sociedad tecnológica de la información, el mundo global en red, tiene potencial para afrontar ese reto. Pero, desarrollar una Sociedad del Conocimiento sostenible implica una nueva arquitectura mental que permita adaptarse a los cambios vertiginosos a los que evoluciona la tecnología en un mundo complejo; sin fronteras ni estados; horizontal y cooperativo; no jerarquizado y no competitivo; pacífico y no violento; donde los valores sean la creatividad y la felicidad y no la acumulación de bienes materiales hasta el absurdo.

La vuelta del mundo primigenio no es sólo un atractivo turístico, sino también fuente de investigación científica y producción cultural de primer orden. Es también la manera de hacer evolucionar y avanzar políticas que chirrían por ineficientes y costosas, cada vez más difíciles de financiar, como la conservación de la Naturaleza y el desarrollo rural.

La normativa conservacionista dificulta ensayar estas nuevas formas de conservación, lo que indica que debe ser revisada cuanto antes para evitar esa incongruencia.

7. Reinventar la conservación y el mundo rural

La racionalización del gasto público implicaría el fin de las subvenciones a la ganadería extensiva no rentable, sobre todo si su función ecológica, que ahora se usa como excusa para ser financiada, se realiza con ganado asilvestrado.

Habría que diferenciar entre pastores tradicionales y quienes sólo son ganaderos para «invertir» el dinero que obtienen de otras actividades metiendo animales en pastos comunales para acceder a ayudas públicas, amén de los que de paso acceden a la prebenda de cazar a bajo precio, o verse compensados por llevar a terceros las piezas que localizan.

Los beneficiarios de las ayudas presionan para que nada cambie presentándose ante la opinión pública como un sector que hace una labor ecológica de mantenimiento como «jardineros del paisaje». Pero, quien hace esa labor es el ganado y éste puede seguir en su sitio, asilvestrado, con un mínimo seguimiento, sin necesidad de financiar el sueldo de nadie, si acaso con ayudas en las fases de instalación y arranque, y el pago por servicios ambientales verificables, cómo no, pero en la idea de instaurar a medio plazo una actividad que dé beneficio a la Hacienda común.

De ahí la importancia de que quien gestione el medio natural con vida salvaje sea un teletrabajador capaz de obtener parte de su sustento en el ciberespacio, no depositando todas sus expectativas en cubrir sus necesidades económicas en lo que dé de sí el campo en zonas rurales marginales desfavorecidas, porque si no daba suficiente para los pastores de antaño que vivían humildemente, difícilmente dará para el nivel de vida al que aspiramos hoy.

El cese de la ganadería extensiva no rentable no significa el fin de la carne de calidad, aunque sí lo sea del coste que implica producir carne subvencionada indefinidamente. Muchos ganaderos de verdad, vocacionales, que los hay, reclaman que la carne y los alimentos de calidad no estén subvencionados, siendo el consumidor el que pague el precio que cueste producirlos. Saben que eso les liberaría de la competencia desleal de los «caza primas» que tienen otros ingresos y que, al practicar la ganadería como un complemento subvencionado, pueden bajar los precios de productos para aproximarlos a los industriales. Sin subvenciones, quedaría activo sólo lo que permita la demanda del mercado de productos exclusivos.

Las ayudas debieran volcarse en producir carne barata —la que estamos comiendo la mayoría— y de mejor calidad. Si lo transgénico tiene aspectos malos, inviértase dinero en subsanarlos. Pero es hiriente subvencionar con impuestos de todos la producción de carne de calidad que llegue al mercado a un precio que sólo los más pudientes pueden adquirir.

8. Hacia nuevas estrategias de fomentar la Naturaleza

Al igual que hablamos de reinventar la política rural, allí donde no es rentable criar carne subvencionando a pastores cuyos hijos no desean serlo, ni siquiera con primas



FIGURA 6.—Grupo de bisontes europeos (cortesía del autor).

ganaderas, lo mismo debiera acometerse cuanto antes con la política de conservación de la Naturaleza: hay que rediseñarla por completo.

Surgida en los años sesenta del siglo xx, a raíz del desarrollismo imperante en aquellos años que amenazaba con destruir todo enclave natural, la política de conservación de la Naturaleza ha llegado a niveles muy elevados de legislación, concienciación social y consenso sobre la necesidad de preservar el medio natural.

Una vez alcanzadas esas metas, el «conservacionismo» puede y debe dar un salto cualitativo y pasar del esquema defensivo de antaño y de «todo a cargo del Estado», aún vigente, a un modelo sostenible, basado en un tejido social «productor de biodiversidad», adaptado a los tiempos actuales y que evite la hipertrofia de la administración ambiental no productiva.

El nuevo habitante del medio rural deberá ser capaz de desarrollar la nueva econo-

mía que la Ley de Desarrollo Rural Sostenible denomina multifuncional, en la que los ingresos procedan de: 1) el Teletrabajo, con actividades realizables por Internet y nuevas tecnologías; 2) la producción de carne y otros alimentos para un canal de comercialización de «Gastronomía Paleolítica»; 3) el turismo cultural vinculado a yacimientos paleontológicos y arte rupestre; 4) la caza de animales salvajes sobrantes; 5) la producción multimedia, asociada a la comunicación de la vida salvaje en directo; 6) el seguimiento de la fauna salvaje y la investigación de los procesos de des-domesticación; 7) la vigilancia y gestión de la fauna y los espacios naturales, y 8) los pagos por servicios ambientales, según un modelo basado en favorecer la vida silvestre y cuidar los recursos naturales.

El proyecto *Paleolítico Vivo* propugna un mundo rural habitado por teletrabajadores productores de fauna silvestre, que hagan de la vida salvaje el motor del desarrollo rural y el gancho para que esa vanguardia de la sociedad quiera vivir, rotando o de forma sedentaria, en poblados ubicados en las afueras de aldeas situadas en paraísos naturales, hoy deshabitadas por falta de actividad económica rentable.

Estos poblados, de propiedad municipal, estarían formados por cabañas de madera sin cimentar, para alquilar a teletrabajadores nómadas productores de biodiversidad, que aportarían una población permanente a cada aldea de 10 a 20 familias, condicionando la posibilidad de vivir en esos poblados a un acuerdo firmado con compromiso con los fines de este proyecto; y, de no ser así, estar obligado a ceder su participación a otro candidato.

9. Des-domesticar

Des-domesticar ganado consiste en que los animales vivan en manadas estructuradas en grandes extensiones, sin alimento adicional, salvo tal vez situaciones extremas —al no poder migrar por completo, como lo harían si no hubiera impedimentos— como en períodos de grandes nevadas o de sequía estival, pero el resto del tiempo dejándolos buscarse la vida, de modo que, aunque su producción de carne sea mínima e incluso mueran, sobrevivan los más adaptados, considerando las bajas no una pérdida sino una forma de seleccionarse y alimentar a la fauna carroñera, en particular las especies en peligro de extinción, como el alimoche, el quebrantahuesos o el oso.

Los investigadores holandeses que están haciendo el mapa genético del uro y del tarpán, afirman que de las razas de vacuno y equino de Europa, muchas autóctonas españolas, como la sayaguesa de Zamora, la tudanca de Cantabria, la de Limia, de Orense, o la pajuna de Sierra Morena, así como los caballos autóctonos del norte de España o el de retuerta de Doñana, poseen el mayor grado de genes de uro y de tarpán de todas las razas analizadas. Asimismo, he constatado en una zona de Asturias cómo una manada de caballos asturcones, metida en una finca con osos y lobos permanentes, sacó adelante en 2013 tres crías sin que los depredadores se las arrebataran. Y lo mismo se ha demostrado con asnos en Zamora y con vacas en Portugal.

A 800 metros de mi casa natal, en Tudela Veguín, Asturias, a orillas del Nalón, está la cueva de la Moratina, en la que se encontró un lobo magdaleniense grabado hace 12.000 años en un medallón de piedra; río abajo, a 30 Km en línea recta de esa caverna está la de Candamo; a 60 Km la de Tito Bustillo, en Ribadesella y, a 140 Km, la de Altamira, en Cantabria. Debemos recordar que la cuenca del Nalón alberga 15 enclaves con grabados paleolíticos.

Me pregunto cuántos de los que hoy habitamos Iberia, tendremos genes de los españoles que pintaron hace entre 12.000 y 30.000 años el medallón de Tudela Veguín, o el techo de la cueva de Altamira, o las paredes de otras cavernas del norte de España. Si, quizá, corre por nuestras venas sangre de los que veneraban a los bisontes, caballos, ciervos, uros y demás fauna que cazaban y pintaban con admiración. Si ellos son nuestros antepasados, o sólo descendemos de los que llegaron de Oriente con la cabra, la oveja y la vaca, 4.000 años más tarde de descubrir la técnica de domesticar que les permitió conquistar el mundo.

La respuesta más frecuente es que somos mestizos de las dos culturas, la Paleolítica y la Neolítica. Y se da por hecho que aquellas tribus de pastores celtíberos —que se encontraron los posteriores pueblos cuando arribaron por estos pagos— estaban mezclados con los descendientes de los paleolíticos, cazadores-recolectores del Magdaleniense. Pero, cuando encontré aun vivos ambos mundos en Tanzania, el Paleolítico puro de los bosquimanos hadzabés y el Neolítico puro de los pastores masai, comprobé que eran como el agua y el aceite, así que me entró la duda de si aquí, como allí, no habríamos extinguido a los pacíficos hombrecillos del arco y las flechas.

Sin embargo, investigadores de la Universidad del País Vasco han determinado la existencia de linajes genéticos europeos en el valle navarro del Baztán que remontan a hace 15.000 años. El estudio identifica linajes paleolíticos en el ADN de los habitantes de Elizondo, por lo que su presencia allí se podría remontar a la repoblación del oeste europeo tras la glaciación que asoló el norte del continente, durante la cual aproximadamente 100.000 magdalenienses habitaron y dejaron pintadas muchas de las 300 cavernas conocidas del llamado «refugio glacial Franco-Cantábrico». La gran mayoría de esas cuevas, cuyo número nos será siempre desconocido, quedaron sumergidas en el mar al elevarse su nivel varios kilómetros hasta la costa.

La época Magdaleniense (hace 16.500-10.800 años) fue la culminación de la cultura de los grupos humanos cazadores-recolectores de Europa Occidental en el Paleolítico superior. Generó la mayor concentración conocida de arte rupestre paleolítico. La mitad de los asentamientos paleolíticos, de los que menos de la mitad tienen arte prehistórico, se encuentra en España, con 145 lugares (112 cavidades en la Cordillera Cantábrica) y 160 en Francia.

Al parecer, en el ADN del 70% de los españoles predomina el haplogrupo R1b, que según los expertos viene del Paleolítico superior. Conservaríamos, pues, el linaje de los primeros pobladores, junto a una importante herencia celtíbera. Ni los fenicios, cartagineses, griegos, romanos, judíos, visigodos o árabes modificaron sustancialmente la composición genética de nuestra población primigenia. La aportación de esos pueblos,



FIGURA 7—Caballos de «retuerta» de la Estación Biológica de Doñana, Huelva, (cortesía del autor).

que se mezclaron más recientemente con el sustrato de España «de toda la vida» fue más cultural que genética, al no ser relevantes numéricamente respecto a la población aborigen de *H. sapiens* asentada en Iberia desde hace unos 40.000 años.

¿Qué importancia puede tener la reminiscencia paleolítica? Si en Europa los paleolíticos y los neolíticos no hemos sido agua y aceite como son en África, aquella reminiscencia tal vez explicaría por qué en cada familia o en cada pueblo hay casi siempre uno que es «el bichero», el pajarero, al que «le da» por la Naturaleza, al que ahora se le llama ecologista. Tal vez esa chispa provenga de que de tarde en tarde, al concebir un nuevo niño, en la lotería del cruce de cromosomas de una pareja, se concentra una dosis más alta de ADN de los hombres del Paleolítico superior —o tal vez, mejor: hombres superiores del Paleolítico— aquellos españoles artistas del Magdalenense, antepasados nuestros, que tras decenas de miles de años viviendo bajo las leyes de la evolución tenían incrustado en su código genético lo que hoy descubren los científicos: que ¡para no extinguirse hay que ser sostenibles!

